

Pedro Vicente Castro Guillén*

Las raíces del voluntarismo neoliberal

Presentación

La actual colonización del pensamiento social latinoamericano en general y venezolano en particular por las ideas neoliberales, ha revitalizado la idea siempre presente —aunque a veces aletargada— del *progreso*. Frente al fracaso del desarrollismo cepalista del pasado reciente, la idea de que la imposición en América Latina del mercado auto-regulado resulta la única segura solución no sólo a los problemas económicos seculares, sino la positiva senda del progreso, que hoy se asume bajo el rótulo de *modernización*, ha hecho metástasis en la mente de una muy importante porción de la inteligencia hispanoamericana.

La modernización prescribe el capitalismo sin límites ni freno, para sacarnos del subdesarrollo. El combate al oscurantismo populista debe realizarse fortaleciendo los valores de la competencia y el gusto por el afán desenfrenado de ganancia, porque sólo estos mecanismos, por suerte de la mano invisible smithiana, proporcionarán la segura salida a nuestra histórica situación de atraso.

La fuerza que esta idea ha cobrado entre nosotros no guarda correspondencia con la realidad. La puesta en práctica de la misma, por la vía de los llamados «programas de ajustes» del FMI, han sido todos ejemplos de fracasos ruidosos dentro y fuera del subcontinente suramericano. También dentro de las áreas de desarrollo del capitalismo avanzado, su aplicación ha resultado un desastre; como en el muy

* Escuela de Historia. Universidad Central de Venezuela.

ejemplar caso norteamericano, donde después de 12 años de aplicación de la economía de oferta y la curva de Laffer, los resultados han sido un agravamiento de los problemas de competitividad de la hasta ahora primera potencia mundial.

No obstante, el que la realidad desmienta día a día las bondades del neoliberalismo; el que los modelos exitosos de economía capitalista de hoy: Alemania, Japón y los tigres asiáticos, mantengan un fuerte control sobre el mercado, no dice nada a nuestros cerebros neoliberales. Mantienen una fidelidad a toda prueba a lo que es, sin duda alguna, un producto de exportación para los países del tercer mundo. Los países en desarrollo se mueven en un doble estándar, se protegen de los efectos perversamente destructivos de un mercado interno y externo sin control, desviándolos de sí mismos, hacia otros países, que en definitiva terminan siendo los países subdesarrollados por su debilidad y su dependencia del primer mundo. Proteccionismo allá y liberalismo acá, es la norma que aplican los países centrales a través del FMI y de las burocracias gubernamentales locales, llamados Chicago's Boys en Chile, IESA's Boys en Venezuela, etc.

Por valores tan espurios como la competencia, el afán de ganancia, se sacrifican en el tercer mundo en general, en América Latina y Venezuela en particular, millones de personas. Son reducidas por hambre al hambre, para satisfacer no ideales de modernización —para los cuales no existe por esta vía (del mercado) ninguna evidencia— sino la compulsión al lucro fácil de una élite tercermundista cada vez más incapaz de conducir proceso de cambio alguno, mucho menos al progreso social del hombre.

La futilidad de la idea del progreso fue claramente teorizada por la intelectual judeo-norteamericana Hannah Arendt, en su libro *Crisis de la república*, cuando apuntó: «El progreso, en realidad, es el más serio y complejo artículo ofrecido en la tómbola de supersticiones de nuestra época. La irracional creencia decimonónica en el progreso ilimitado ha encontrado una aceptación universal principalmente por obra del sorprendente desarrollo de las ciencias naturales... Y es cierto que no resulta en absoluto imposible que hayamos llegado en ambos casos a un punto de inflexión, al punto de retorno destructivo. Porque no sólo ha

dejado de coincidir el progreso de la ciencia con el progreso de la humanidad (cualquiera que sea lo que esto pueda significar) sino que ha llegado a entrañar el fin de la humanidad...»¹. No, nos resulta nada casual que estas reflexiones de Hannah Arendt sobre el progreso se formulen en el marco de sus *reflexiones sobre la violencia*.

En este papel de trabajo nos proponemos examinar desde el mismo racionalismo ilustrado las bases de este voluntarismo neoliberal, sobre el supuesto de que la base última de la actuación del neoliberalismo en el mundo, es un pragmatismo que enmascara los intereses de la burguesía transnacional y de las élites tradicionales del tercer mundo; supuesto éste que abordaremos con énfasis en otra oportunidad.

Las raíces de voluntarismo neoliberal

La creencia de que la libertad intelectual se reduce al ejercicio *ad libitum* de opciones ideológicas, conduce a la versión de la teoría económica neoliberal más reduccionista, que es la que ha obtenido carta de ciudadanía en América Latina: la idea de que sólo la derivación de una conclusión a partir de una premisa puede ser llamada racional. Esto simplemente, es colocarse en el campo del irracionalismo², donde un doblemente falso intelectualismo y voluntarismo emocional gobierna el comportamiento humano. De esto, se deriva la construcción de un duro y macizo bloque de argumentos basados en la satanización del Estado y en las bondades del mercado auto-regulado, que se desprenden de un no menos riguroso análisis de curvas geométricas, que nos producen una sensación de granítica solidez argumental, pero que, es sólo eso: sensación y apariencia.

El neoliberalismo en América Latina postula para su modernización y «reencuentro» de la senda de progreso «extraviada» en el modelo estatista de sustitución de importaciones, un cuerpo de propo-

1 Arendt, Hannah, *Crisis de la república*. Madrid, Taurus Ediciones, 1973, pp. 136-137.

2 No planteo que el *Neoliberalismo* sea una ideología irracionalista, aunque, valga decir, los intelectuales latinoamericanos asumen una actitud irracional cuando se adhieren sin reflexión crítica a sus postulados.

siciones llamadas «Reforma Estructural», en donde el eje fundamental de las mismas es la implantación plena del mercado auto-regulado, que supone las virtudes teóricas postuladas por la teoría neoclásica. Es aquí donde precisamente surge de manera inmediata el voluntarismo neoliberal. La reforma estructural enmascara posiciones ideológicas y pragmáticas, en la medida que sus recomendaciones nunca han sido teorizadas, racionalizadas desde el punto de vista de la intención de la realización de un cambio histórico para el cual se postulan.

El cuerpo de teoría neoclásica que sirve de fundamento al pensamiento neoliberal, ha pensado el mercado como el mecanismo institucional capaz de optimizar el bienestar de todos con la máxima libertad para todos. Pero el pensamiento neoliberal no ha producido una teoría del cambio histórico en donde se racionalice el cambio histórico-social a partir de poner en marcha mecanismos para la implantación de un mercado libre auto-regulado con un control social mínimo por parte del Estado. El uso de los postulados neoclásicos y neoliberales, como fundamento del cambio histórico: la transformación estructural de América Latina, no tiene fundamento en una teorización adecuada de tal proceso y ni siquiera toma en cuenta la experiencia de procesos de reforma estructural que se han puesto en marcha desde por lo menos 1950 —en América Latina—, como base para una historia económica comparada, que sirva de soporte a una más racional implantación de procesos neoliberales de cambio. Los más importantes intentos para la elaboración teórica del cambio histórico con base en el pensamiento neoclásico han sido realizados por el premio nobel de Economía Douglas C. North, y uno de sus más recientes trabajos *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, ha realizado una crítica revisionista muy seria a la teoría neoclásica, como una forma de superar las dificultades que ella presenta para la construcción de una teoría del cambio histórico. El pensamiento económico no ha sido muy afortunado en sus teorizaciones acerca del cambio económico como base del cambio histórico, en ninguna de sus versiones ideológicas. Baste mencionar el fracaso más reciente de las teorías del desarrollo.

Otro importante componente del voluntarismo presente en las reformas neoliberales, es que ellas implican transformaciones políticas,

Las raíces del voluntarismo neoliberal

como los cambios en las relaciones de poder y el papel del Estado, que adolecen de insuficiente reflexión de las relaciones entre economía y política y de la dinámica que estas posibles interacciones pudieran adquirir en un proceso de cambio histórico promovido por la reforma estructural. De ahí que el cambio político y el cambio económico se traten en los programas neoliberales de ajuste o de reforma del Estado de manera aislada, ignorando sus relaciones mutuas o sobresimplificando sus interacciones mutuas.

Esta falta de fundamento racional del cambio histórico que se quiere promover en América Latina, con la reforma estructural, es lo que explica que, en la práctica, el neoliberalismo degenera desde el primer momento en un voluntarismo, que se esconde detrás de la teoría económica para promover y realizar objetivos de instituciones como el FMI y el BM: cancelación de la deuda externa a la banca internacional y apertura comercial unilateral.

Este voluntarismo también reside en la teoría económica misma, en la medida en que postula automatismos en donde el factor humano se disuelve y todo sentido de comunidad política y social se desvanece. Lo que en realidad reside en el fondo de la economía, tal como fue pensado por el pensamiento clásico y neoclásico, es lo que plantea Hannah Arendt: una pérdida del sentido de ciudadanía, cuando escribe:

Este mismo conformismo, el supuesto de que los hombres se comportan y no actúan con respecto a los demás, yace en la raíz de la moderna ciencia económica, cuyo nacimiento coincidió con el auge de la sociedad y que, junto con su principal instrumento técnico, la estadística, se convirtió en la ciencia social por excelencia...³

Esta pérdida del sentido social-comunitario, es quizás el aspecto más irracional a que conduce el pensamiento económico, y que revive o se prolonga en su versión neoliberal actual. La visión de que el interés propio producirá un mecanismo automático que haga surgir la armonía (no deseada explícitamente por nadie), es una ilusión peligrosa. Arendt, nos lo dice con toda claridad de la siguiente manera:

3 Arendt, Hannah, *La condición humana*. Barcelona, Editorial Seix-Barral, 1974, p. 63.

El comportamiento y los argumentos en los conflictos de intereses no son notorios por su 'racionalidad'. Nada, desgraciadamente, ha sido tan constantemente refutado por la realidad como el credo del 'ilustrado interés propio' en su versión literal... El interés propio, cuando se le pide someterse al 'verdadero' interés —es decir, al interés del mundo como distinto del interés del yo— siempre replicará: cerca está mi camisa pero más cerca está mi piel...⁴

Por ello no es posible que la sociedad surja de intereses egoístas, sino al contrario: la confusión de la economía con la libertad de contratos y las relaciones contractuales con la libertad, produce una fragmentación de la vida social, que disuelve toda posibilidad de comunidad social y política.

El pensamiento neoliberal latinoamericano y venezolano, consecuentemente, revela una carencia casi absoluta de estudios, de flexión, de pensamiento social, de búsqueda sobre la especificidad de la sociedad latinoamericana, de los contenidos reales de nuestra historia, y de cómo a partir de allí, de esta reflexión, buscar nuevos proyectos que permitan insertarnos en el movimiento global del capitalismo de hoy de una manera soberana. Sobre la importancia de la comprensión de nuestra historia sudamericana, en la búsqueda de un nuevo proyecto, es bueno recordar las palabras de uno de los historiadores más importantes de hoy: Edward Hallet Carr, cuando nos previene, diciéndonos:

Estoy persuadido de que más daño nos haremos a nosotros mismos si destronamos a la razón, por hallarla menos poderosa y autosuficiente de lo que esperábamos, y preferimos refugiarnos en el culto a lo irracional, aunque se disfrace de superracionalismo.⁵

4 Arendt, Hannah, *Crisis...*; *ob. cit.* pp. 177-178. En *La condición humana*, Arendt, retoma el asunto de la pérdida de lo social, con particular agudeza cuando plantea: «Todos están encerrados en la subjetividad de su propia experiencia singular, que no deja de ser singular si la misma experiencia se multiplica innumerables veces. El fin del mundo común ha llegado cuando se ve sólo bajo un aspecto y se le permite presentarse únicamente bajo una perspectiva».

5 Carr, Edward H., *La nueva sociedad*. México, Breviarios FCE No. 204, p. 144.

La ortodoxia neoliberal es dominante, pero la ortodoxia consiste precisamente en no pensar. En someterse a un poder heterónimo (en nuestro caso al poder totémico del modelo y al poder de las transnacionales); es la renuncia a la razón autónoma. La razón es básicamente libertad de crítica. Todo objetivo social propuesto: mercado, apertura externa, privatización; tiene que ser justificado racionalmente, tiene que ser justificado mediante el principio de *razón suficiente*. No porque un hecho exista posee en él mismo la necesidad de que lo aceptemos. Sólo lo aceptaremos, si somos consecuentemente racionalistas; es decir, cuando ese hecho haya soportado y resistido, sin derrumbarse, el análisis de la razón. Podríamos en este punto recordar a Kant, cuando planteaba:

Nuestro siglo es particularmente el siglo de la crítica, a la que todo tiene que someterse. En vano pretendan escapar de ella la religión por santa y la legislación por majestuosa, pues excitarían contra ellas justas sospechas y no podrán exigir el sincero respeto que sólo concede la razón a lo que puede afrontar su examen público y libre.⁶

El mercado y la ganancia son la esencia del mundo capitalista, pero esto no significa que ambas realidades no puedan someterse al análisis de la razón. Sobre todo en América Latina, que está frente a la urgente necesidad de reestructurar el todo social y de generar un nuevo proyecto social, este proyecto no puede evadir la discusión acerca del papel del mercado y la ganancia en las sociedades de nuestro tiempo; deben someterse estos conceptos a una profunda crítica, tomando como punto de partida la evolución histórica de la región y su forma de incorporación al mercado mundial. El concepto de mercado, al igual que el estudio de historia comparada respecto de la operación de los mercados en contextos históricos nacionales, nos darán pistas sobre las realidades institucionales que subyacen a la operación de los mercados reales. No existe ninguna realidad humana que pueda manejarse al margen de estructuras sociales, que le son necesarias para su operación, y el mercado no es la excepción. La implantación de una economía de

6 Kant, E, *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1961, p. 121.

mercado exige un marco institucional para que pueda operar. América Latina carece de éste, y no cuenta con una capacidad mínima para demandar bienes, lo cual es, por lo menos, para la ortodoxia económica, un requisito indispensable. Como plantea, Alejandro Vial, acerca del por qué de la incapacidad de A. L. para absorber el modelo neoliberal de mercado:

La extraordinariamente precaria red social unida a la débil estructura de las mediaciones políticas (inestabilidad del subsistema político), hace sumamente peligrosa la copia inmediata de los modelos foráneos; de una parte no es producto de la realidad empírica y, de otra, para implementarse debe ser aplicada de manera dogmática y autoritaria.⁷

Una buena parte del drama latinoamericano es la adopción de modelos, teorías, que enmascaran la realidad, la transmutan en deliciosa superficie, más que conducirlos a los objetivos prescritos por la teoría. Octavio Paz, en un extraordinario libro escrito hace ya más de 40 años escribió lo siguiente:

No es esto todo. Cada una de las nuevas naciones tuvo, al otro día de la independencia, una constitución más o menos (casi siempre menos que más) liberal y democrática. En Europa y en los Estados Unidos esas leyes correspondían a una realidad histórica: era la expresión del ascenso de la burguesía, la consecuencia de la revolución industrial y la destrucción del antiguo régimen. En Hispanoamérica sólo servían para vestir a la moderna las supervivencias del sistema colonial. La ideología liberal y democrática, lejos de expresar nuestra situación histórica concreta, la ocultaba. La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente... De ahí que la lucha contra la mentira oficial y constitucional sea el primer paso de toda tentativa seria de reformas.⁸

Esta descripción de nuestro pasado sigue siendo válida aún en nuestros días. Estamos sometidos a presiones ajenas que en alianza con los sectores dominantes pretenden congelar la realidad, a partir de

7 Vial, Alejandro, «La reforma neoliberal del Estado», en *Nueva Sociedad*. Caracas, No. 121, Editorial Nueva Sociedad, Septiembre-Octubre 1992, p. 163.

8 Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. Argentina, FCE, primera edición (Cuadernos Americanos) 1950, primera Reimpresión argentina 1990, pp. 110-111.

posturas de la *revolución del gatopardo*, el cambio para que nada cambie. Esto se observa claramente en el hecho de que, quienes dirigen el proceso de «cambios liberales», son los mismos sectores que manejaron el Estado en los diferentes países de Latinoamérica. Lo único que cambia es la actitud colaboracionista de una *inteligencia* que otrora mantuvo posiciones críticas.

La búsqueda de un proyecto para América Latina, debe probar hoy más que nunca —por el fracaso de la experiencia de la industrialización sustitutiva— una exacta correspondencia entre medios y fines. El neoliberalismo como proyecto social ignora la necesidad de este tipo de análisis. Por ello es insensible a los resultados que produce sobre la sociedad la implantación de un programa de ajuste; después de veinte años de programas de corte fondomonetaristas, la realidad vomita evidencias espeluznantes sobre sus efectos sociales: crispaciones políticas y dislocación social, que ponen en peligro nuestra posibilidad de existencia civilizada, y empero, se sigue repitiendo con estulticia remedios yatrogénicos. «Así pues, si el efecto inmediato de un cambio es nocivo, su efecto final será más nocivo, salvo prueba de lo contrario»⁹. No se puede concebir a la finalidad como algo que es ajeno o diferente de los medios utilizados para lograrlo. La finalidad y el medio utilizado están íntimamente vinculados. En el medio está presente la finalidad y ésta actúa en el medio. Plantear finalidades y medios como entidades distintas y separadas es efectuar una indebida abstracción o separación.

La aspiración neoliberal a transformar la realidad rechaza indiscriminadamente, sin reflexión, todo el proceso histórico latinoamericano anterior como malo, concentra en el Estado —moderna encarnación del *anticristo*— todo lo execrable y le opone la idea de una realidad *buen*a por realizar donde el Estado será mínimo. No ven nada bueno en la sociedad existente —salvo la democracia a un nivel más retórico que real—, nada que esté consagrado por luchas sociales, para conseguir y establecer los llamados valores vigentes. Todo puede y debe ser sacrificado a la buena finalidad. Las ideas neoliberales se convierten en las

9 Polanyi, Karl, *La gran transformación*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 49.

únicas capaces de determinar lo que es valioso y lo que no lo es. Desde esta postura es muy fácil adoptar la actitud actual del neoliberalismo: el fin santifica los medios —esto lo podemos llamar *liberalismo leninista*. Esta condición del neoliberalismo fue establecida muy bien por el profesor Miguel Ron Pedrique, en una entrevista que le realizara el joven intelectual y poeta Gonzalo Ramírez. A la pregunta sobre las relaciones entre neoliberalismo, modernización y democracia, aquél contestó: «...el neoliberalismo tiene las pretensiones siguientes: a) ser ahistórico; b) toda la historia reciente fue un error garrafal —léase marxismo, keynesianismo y el Estado benefactor—; c) regresemos entonces al propio ser del mercado y obliteremos la ‘alienación’ que nos quiso sacar de él vía la historia.»¹⁰ Y más adelante, completa su planteamiento en el sentido del efecto que este tipo de planteamiento genera sobre la sociedad y el hombre, cuando apunta:

Yo estoy de acuerdo contigo en el sentido que no se puede tener una democracia cuando existe una exclusión sistemática de la gente vía mercado. La filosofía política jamás ha podido contemplar la posibilidad de una democracia en donde existan niveles profundos de diferencia de accesibilidad a los bienes de la tierra o a los del espíritu. Hegel lo planteó claramente: si se deja a la sociedad civil a su saber y entender habrá que crear en un polo extrema riqueza y en el otro extrema pobreza.¹¹

De allí que el desastre provocado por los programas de ajuste sobre la población latinoamericana, sobre la sociedad, sobre la vida civilizada, sea considerado por los tecnócratas gubernamentales no en relación a su efecto perverso sino respecto del fin que se realiza. *Pero el medio es el fin mismo que se realiza en acción. Por consiguiente, un medio reprobable no puede engendrar un fin saludable. Son incompatibles un idealismo en la finalidad y una perversión de los medios para lograrlos.* Esto tiene implicaciones terribles, que como señalara Ron Pedrique, le pone límites ciertos a la posibilidad de la existencia misma:

10 Entrevista realizada por Gonzalo Ramírez Quintero al profesor Miguel Ron Pedrique, con motivo de la publicación de su artículo «El resurgimiento de la política». La entrevista y el artículo se publican en la Revista *Imagen*, Caracas, mayo de 1993, pp. 44-49.

11 Ramírez Quintero, Gonzalo, «Entrevista.. p. 46.

...La razón se había revelado como razón científico-técnica, formal, medios fines, y finalmente nihilismo ético-existencial. La inventiva científico-técnica del hombre desató su poderío devastador sobre el universo, retrotrayendo paradójicamente al mundo 'pre-lógico' de las mitologías del siglo veinte. El universo concentracionario de las ideologías, con cuerpos técnicos simplificadores de las complejidades de la trama de lo real, servirían como 'estrategia de poder' en un universo de precaria sobrevivencia para el hombre y aun para el concepto mismo de *Bios*.¹²

En este asumir mecánica y superficialmente aparentes virtudes de las ciencias naturales, radica la imposibilidad del neoliberalismo de dar cuenta de la realidad, y al mismo tiempo aplicar un transplante de las estructuras teóricas y metodológicas propias de una disciplina como la economía, al análisis de todos los campos de lo social. El modelo inspirado en la teoría neoclásica, de elección de alternativas con criterios de escasez, de donde surgen supuestos modelos cognitivos libres de la subjetividad humana y por tanto supuestamente objetivos, invade los estudios en todos los campos de las ciencias sociales. Se ha querido descubrir en la «ciencia económica» una nueva mecánica, con leyes inviolables, con leyes que pertenecen como las de la física al orden natural. Entonces se procede «de acuerdo al método», permaneciendo en lo particular, lo fragmentario, lo aislado, lo abstracto, en donde las relaciones cuantitativas gobiernan el conocimiento, y lo histórico se rechaza por prescindible, subjetivo. No se produce jamás un regreso, una integración, una síntesis, que de cuenta del fenómeno social como un todo. De allí que estemos asistiendo a un proceso de empobrecimiento de lo social, de reduccionismo simplista de la realidad socio-histórica, por obra del poder colonizador en nuestro tiempo de la disciplina económica. Esto consigue explicación en el hecho de que la expresión de las dificultades de nuestro tiempo explota y se refleja en lo económico con una fuerza tremenda, por la naturaleza misma del sistema capitalista, en donde la organización del mercado como institución, ejerce una fuerza opresiva sobre el resto de la sociedad. Esto no quiere decir que sean sólo económicas: saber identificar las relaciones políticas e impli-

12 Ron Pedrique, Miguel, «El resurgimiento... *ob. cit.* p. 49.

caciones sociales, culturales de lo económico, así como las relaciones económicas de los fenómenos políticos, sociales y culturales es alcanzar de manera objetiva e integral el conocimiento multidimensional de lo social y, en este sentido, se han venido desarrollando las ciencias sociales incluyendo los aportes de los pensadores económicos clásicos. Es pasar por alto la índole múltiple y a la vez total de la sociedad, lo que provoca la visión mínima de la sociedad, donde la visión ideológica puede justificarse plenamente. Bajo estas circunstancias, la interpretación de los cambios que ocurren en la sociedad moderna se tergiversan, o simplemente el prisma ideológico los refracta en el sentido deseado. Polanyi, hace más de sesenta años advertía:

La filosofía liberal no ha fallado en nada tan conspicuamente como en su entendimiento del problema del cambio. Por el fuego de una fe emocional en la espontaneidad, se descartó la actitud de sentido común hacia el cambio en favor de una disposición mística a aceptar las consecuencias del mejoramiento económico, cualesquiera que fuesen. Primero se desacreditaron y luego se olvidaron las verdades elementales de la ciencia política y la administración estatal. No hay necesidad de insistir en que un proceso de cambio sin dirección, cuyo ritmo de cambio se considera demasiado rápido, debiera frenarse, si ello es posible para salvaguardar el bienestar de la comunidad. Tales verdades elementales de la administración pública tradicional, que a menudo reflejaban sólo las enseñanzas de una filosofía social heredada de los antiguos, se borraron durante el siglo XIX, de la mente de las personas educadas, por *la acción corrosiva de un crudo utilitarismo combinado con una aceptación irreflexiva de las supuestas virtudes autocurativas del crecimiento inconsciente.*¹³

Este texto tiene valor universal, porque denuncia lo que sucede en el mundo de hoy, en relación a la conducta asumida frente al cambio, por los diferentes gobierno neoliberales en los países desarrollados. Pero también se aplica a América Latina, después de las consecuencias de la aplicación de reformas neoliberales. La historia se repite...

Pero esta actitud del neoliberalismo, tiene otras importantes consecuencias, que fueron señaladas por Miguel Ron Pedrique en su artículo ya citado: el abandono de la dimensión ética del mundo, cuando

13 Polanyi, *ob. cit.* p. 45.

nos dice: «Si la clase dominante capitalista imponía, por necesidad histórica productiva, la explotación del hombre por el hombre, la problemática ética del asunto pasaba por historia. El determinismo absuelve éticamente a los individuos que ejercen la explotación, porque finalmente la 'mano invisible' actuando como 'argucia de la historia' compensará esta explotación sentando las bases materiales de la emancipación final»¹⁴. Este argumento tiene una importancia central porque se trata de rescatar la dimensión ética a partir del resurgimiento de la política, lo cual, tiene relación con el planteamiento de H. Arendt. sobre la pérdida de lo político.

En el otro polo dialéctico del asunto, la fobia a la historia, que se muestra en el pensamiento neoliberal, condujo a uno de sus más importantes representantes, Fukuyama, a decretar su fin. El fin de la historia quiere justificar la imposición de un modelo social absoluto, único y verdadero, cuya implantación haría innecesario nuevos episodios históricos; el último capítulo estaría escrito por la sociedad neoliberal. Empero, nunca la historia había defendido más cruelmente su existencia como ahora, cuando ella estalla con un furia sobrecogedora de acontecimientos, que recorre el planeta entero, reviviendo, revolviendo realidades que pensamos extinguidas: fascismo, racismo, nacionalismos, deterioro exponencial del planeta y amenazas múltiples a la paz mundial, todo ello en medio de una deriva significativa acerca del modelo que gobernará al mundo en el primer siglo del tercer milenio. Nunca podemos salirnos de la historia, no podemos colocarnos en un final hipotético que *justifique todo* lo que hacemos ahora. Ciertamente existe la posibilidad de que de una acción perversa salga un resultado bueno. Pero también podría salir uno malo. *Nadie* —para fortuna de todos— *posee lo absoluto, pues no estamos nunca colocados al final de la historia.*

14 Ron Pedrique, Miguel, «El Resurgimiento... *ob. cit.* p. 49.